

CONTESTACIÓN
de
DON ELOY G. GONZÁLEZ

El cumplimiento del encargo que me ha encomendado la Academia, de daros la bienvenida, me es doblemente agradable: por vos, y por el tema de vuestro trabajo de incorporación.

Aquellas secretas combinaciones de la suerte, a las cuales aludía nuestro eminente colega el doctor Gil Fortoul, hicieron que yo presenciase de muy cerca, y siguiese con frecuencia, el proceso ejemplar de vuestro desarrollo en las letras. Nada más simpático, ni más digno del respeto que se debe al candor de las intenciones y a la sinceridad de los propósitos, que la humildad fervorosa y la confianza paciente con que comenzasteis a marchar vuestro camino. Pudisteis aprovechar los buenos frutos del entusiasmo generoso de los fuertes representantes de nuestra generación; y a no temer en este momento exclusiones involuntarias por causa de olvido, mencionaría nombres y sitios que reincorporarían en vuestro espíritu los risueños días de esperanza, los grandes días de noble ambición, los días exultantes de anhelo de vuestro crecer vigoroso. Cada tentativa os ganaba un palmo; y tuvisteis la templanza, rara en vuestros años, de capitalizar conocimientos y autoridad, sin disipaciones jactanciosas, hasta un temprano día en que vuestro nombre pudo ser agregado, sin fianza ajena y sin otra autenticación que él mismo, a la lista de nombres que responden por el crédito sin riesgos de la cultura positiva de un país. Lenta ha sido la trayectoria, pero la habéis trazado sobre un terreno sólido y firme, y el resultado será perdurable. No habéis llegado a formar vuestro nombre por golpes de sorpresa, ni porque la opinión pública haya estado ofuscada: aun en esta hipótesis, dura una mañana la visión errónea, y cuando caen sobre la emoción fugaz el silencio ponderoso y la gravedad de la meditación, desaparecen las dimensiones hiperbólicas y los volúmenes engañosos, y sólo quedan la masa efectiva y el peso específico. Inmediatamente a vuestras espaldas dejabais el rumor de una revolución intelectual que no fue un tumulto y de la cual, tomando una expresión de Augusto Dide, puede decirse que "parecía desprenderse una continuidad de relámpagos".

Aprendisteis desde luego a interesaros por una patria que tras los estrépitos exaltados de las armas pugnaces, daba las sorpresas inesperadas del saber y del talento; y a los consejos de una deliberación reposada, tomasteis los caminos de su historia, y por ellos habéis llegado a uno de los sitios donde mejor se aprende a amarla con positivo afecto, a admirarla siempre, en ocasiones a contemplarla con piedad filial, porque también ella ha sido "grande en la gloria y grande en el infortunio". No bien conocida todavía, es verdad, por gran número de sus hijos, y acaso por ello no bien admirada todavía. Desde ahora comenzaréis a participar de nuestra labor cotidiana, y advertiréis cómo, ante el viejo código que examinamos, de la ejecutoria miniada, sobre el vitela ennegrecido por los gruesos moscardones notariales, del párrafo sobre el cual han pasado indiferentes las miradas de generaciones de lectores, van incorporándose los hombres y los hechos de nuestra historia, en una talla y con unos caracteres tales, que harían la honra de cualesquiera de las épocas más orgullosas. Se advierte aún más en el examen de nuestros anales: se aprende a observar "el presente sobrecargado del pasado"; y al desfile de los sucesos, se ven surgir inevitables las comparaciones, y nace de ellas el sentimiento de la justicia: se aprende a amnistiar, porque hijos de una madre común, se descubre en cada quien el sello placentario.

A la inversa del concepto casi siempre justificado, de que una Academia es una suerte de Estado Mayor de la inanición nacional, un Sillón en la nuestra no significa tanto la recompensa de una labor comprobada, ni la consagración de una reputación admitida, como el compromiso jurado de intensificar la labor y de justificar el merecimiento; y la justicia tendrá un día que asignar un apreciable porcentaje a

las actuales gestiones de los Individuos de la Academia de la Historia, en el interés que vienen manifestando por el más amplio y profundo conocimiento de nuestra patria y de su significación en la historia de la América, enérgicas personalidades que en el Extranjero influyen sobre el destino humano. Y bien que ya hayamos cumplido la edad de los envanecimientos pueriles, sienta bien a la conciencia de patriotas esta satisfacción por la honra de la Patria.

Señor:

El tema de vuestro trabajo ilumina una faz interesante de la gran figura de Juan Vicente González. El bolivarismo del gigante escritor tiene una sugestión de tiempos clásicos: parece que rompiera a esplendor sobre ella el cognoto de Cecilio: *Virgilio sin Augusto*. En vuestro trabajo lo señaláis como un romántico, brotado en desconcierto del desequilibrio de los veinte años de la guerra: yendo más allá, su caso de "intrincado problema de ética literaria" podría presentarse como un largo estado de alma: si queréis más circunscrito el concepto, como un estado cerebral específico. Aunque padeciendo del mismo mal de forzada contradicción con sus ideales, que padecieron Baralt, Toro y García, los caracteres de su mentalidad son esencialmente personales. No son comunes a los grandes escritores y polemistas de su tiempo; su pluma no difunde una aspiración colectiva, no preconiza un programa de partido; su corazón no exhala un anhelo común: está solo y magnífico, combatido y combatiente en medio de los furores contrapuestos. No es un prosélito, sino un propulsor de su propia impresión: en el enorme acopio de su provisión clásica, parece como obseso por las iras de los Profetas y las actitudes del Apóstol: sus editoriales son epístolas; sus "mesenianas" son trenos; sus réplicas son diatribas: truenan las maldiciones en sus labios y relampaguean las amenazas en la punta de su pluma: Caracas es su Jerusalém; y la Venezuela federal, su Gentilidad empedernida.

Si alguna mentalidad "profesional" quisiera asignarle, sería la de apóstol. Quizá por ello aspiró al sacerdocio: tal vez por ello se hizo catedrático y periodista, esto es, didacta, predicador: predicador a la manera de los titanes de la tribuna y de la cátedra, profana o sagrada. Habitado a trazar los tiempos y a perfilar los hombres con la punta de su pluma, acaso se creyó capaz para moldearlos en la realidad con el ciclón de su talento; y cuando vio disipada la que él mismo llamó su quimera, reaccionó en cóleras; e imprecaciones y denuestos cayeron sobre la gloria que llamó impostora y sobre las fábulas que inventó su cariño.

A semejanza del Dante, precipitó en el infierno de sus Diarios y de sus libros a los pecitos de sus desengaños y de sus rencores: y lo aludió en carta a don Rafael Arvelo, al dedicarle la tercera parte del *Manual de Historia*: "¿Y no ha probado usted lo útiles y consoladoras que son (las letras) en los infortunios y sinsabores de la vida? Contra las penas del corazón y los golpes de la fortuna, ellas nos sirven de impenetrable escudo; y aun en medio de las vicisitudes violentas y de las desgracias de la patria, las letras tienen consuelos dulces, que se mezclan al cáliz amargo de tantos males. Cuando cansados de los Palantes y Eutropios, deseáis la paz, es en los libros que la halla solamente el anhelante corazón. Cicerón había visto incendiada su casa, y a la plebe romana gritándole por las calles el *Inveni, inveni*, de sus discursos contra Catilina: él había visto la santidad de la República profanada; los crímenes legitimados por la victoria; la virtud objeto de escarnio; la lengua misma alterada, para poder nombrar, sin insultarlos, a los señores, a los azotes de Roma. A estos males se habían juntado los pesares domésticos: Tulia, su hija Tulia muere. En su dolor, él acude a las letras: "Yo me he reconciliado con mis libros, dice a Varrón; ellos me convidan a su antiguo trato, y me declaran que has sido más prudente que yo, por no haberlos abandonado." ¡Con cuánta calma, dignidad y grandeza no habla después, inspirado por la filosofía, de las desgracias de la patria!" Cuál sea nuestro destino, escribe a Cornificio, lo ignoro: confío, sin embargo, que el pueblo romano será algún día digno de sus mayores. En cuanto a mí, jamás faltaré a lo que debo a la República; y cualquiera cosa que acontezca, como de nada me acuse

mi conciencia, la sobrellevaré con valor." A mí mismo, vulgo de los amigos de las letras, ellas me han rodeado como con una egida, en medio de inminentes peligros, y me han fortalecido contra las persecuciones, la esperanza y el temor. Sin duda que en lo que precipitadamente escribí en las cárceles bajo el '¿quién vive?' del centinela, se hallarán huellas de los diversos sentimientos que me agitaban. La protesta del sentimiento en vivas alusiones no es una queja indigna. Ora excitaba a mis compatriotas, como si me escucharan, a imitar el noble ejemplo de Sócrates en las épocas de tiranía, o bien el valor generoso de Pelópidas; ora cantaba la ley, la patria, y lamentaba a los que arrojan *sobre nombres viles una gloria corrompida*. En el incesante movimiento de la época, en medio de este flujo y reflujo de pasiones y revueltas, de esperanzas y desengaños, testigo de súbitas caídas y súbitas elevaciones; y ansioso siempre, aguardando el resultado de esa lucha eterna entre la opinión y la fuerza, oscilantes y dudosas, yo creo haber comprendido mejor las épocas pasadas, la lucha de los partidos y las agitaciones de la plaza pública y la tribuna, los sofismas de la violencia, los artificios hipócritas de la falsa libertad. Como el pastor, que pasada la tormenta, sentado sobre un árbol que hirió el rayo, mientras oye el viento que se aleja y ve huir las nubes de su horizonte, recuerda las tempestades de otros tiempos, vistas por sus ojos o conservadas por la tradición, así yo, desde la ruina que me ha dejado el destino, echo inquietas miradas alrededor, y espectador imparcial de lo presente, testigo de lo pasado por el estudio y la imaginación, escribo tristemente su historia.

Se explica que González, también intrépido, ardoroso, apasionado y pensador, educado en la visión de los lineamientos clásicos de quien tuvo de César y de los Gracos, de los triunviros y de Trasíbulo, al salir de su colegio al mundo y hallarse con un sepulcro y... viuda la victoria, sin la patria que le habían enseñado a soñar con lo que creía "ficciones que irritaron su fantasía", adoptara por once años la actitud enfermiza de sus Exequias. "Cada año yo llevaré una guirnalda sobre tu tumba: otras serán más bellas, pero las mías habrán brillado algún tiempo... solitarias como tu sepulcro. Cuando tras algunos años, acabando de desaparecer las pasiones contemporáneas, Bolívar llegue a ser el ídolo del mundo, imposible parecerá lo que hoy lloramos. Como un perfume, su nombre se esparcirá entonces por todos los pueblos, y el árbol que cubra sus restos, sombreará de gloria a la América entera. Las páginas vivientes de tus anales, ¡oh patria mía!, atestiguarán a través de los siglos el mérito del Héroe. Mientras reyes olvidados en el sombrío polvo de las edades, apenas dejan una pirámide sin nombre, el tiempo conservará para tu Libertador un monumento más grande... tus montañas. Es desde allí que la Musa de Venezuela mostrará al extranjero la tumba del genio de la América.

Piénsase si nacido Juan Vicente González veinte años antes, hubiérale tocado ser el periodista y el defensor de la Revolución y del Libertador. Particularmente de éste, no con tanto ahínco en los días solemnes del *Correo del Orinoco*, cuando la Asamblea de Angostura le daba a la autoridad del Héroe una sanción de derecho ante las naciones, cuanto en los años dolorosos del 28 y 29, "encargándolo de pensar por todos, de ejecutar por todos, de dirigir a todos". Sin duda poseería hoy la literatura histórica el *pendant* del libelista de la "Rebelión de Caracas" en el polemista de la Revolución de Colombia, tan vehemente éste cuanto intemperante aquél. No afirmo que González se hubiera adscrito fanáticamente a la dictadura bolivariana; pero, sin ninguna duda, entre Don Quijote y los yangüeses, habría estado por el Caballero.

Saludo en vos a una de las más esclarecidas representaciones del grupo de estudiosos asiduos y de trabajadores circunspectos de las nuevas generaciones literarias de Venezuela.